

mo ejército. Determinale aquel falso aviso á retirarse á Amasia. Aproxímase Suleiman de aquella retirada para sitiar el fuerte de Siwri-Hysar. En aquel momento, el príncipe de Muza, que Timur, antes de su marcha, había confiado al señor de Kermian, ofrece á Muhammed trasladar la guerra á los estados de Suleiman, obtiene socorros de los kral de la Valaquia y de la Servia, y pasa á Europa: vendido por los Servios, vése obligado á cejar ante la fortuna de Suleiman, que toma de nuevo posesion de Andrinópolis. Este príncipe, dotado de la mayor parte de las cualidades que constituyen á los grandes hombres, los aventaja por los escasos vergonzosos á que se entregaba sin cesar. De este modo se sumió, despues de la huida de Muza, en los placeres mas groseros, donde acabó de perder todo el resto de enerjía, mientras que su antagonista, lleno de vijilancia, recomponia su ejército y se presentaba sin saber cómo sobre los muros de Andrinópolis. En vano le advierten los mas fieles servidores de Suleiman el peligro que le amenaza; riése de sus avisos, y hasta hace cortar con un sable la barba al agá de los jenizaros. Aquella afrenta, la mas grande que pueda recibir un musulman, causó la pérdida del príncipe. Abandonanle casi todos sus emires, y pasan á las filas de Muza. Fúgase Suleiman: reconocido en la riqueza de sus vestidos, es muerto por los arqueros; su cuerpo es llevado á Muza, quien le hace dar sepultura en el sepulcro de su abuelo Sultan-Murad.

Suleiman, que reinó durante diez años en las provincias europeas del imperio otomano, y á quien esta circunstancia le ha hecho contar entre los historiadores griegos y occidentales en el número de los Sultanes, bajo el nombre de Suleiman, habría pasado por un gran príncipe, si hubiese sabido resistir mejor al veneno de los deleites. Valiente, clemente y jeneroso, protector de las artes y de las ciencias, rodeó su trono de hombres ilustres, de poetas del primer orden: cítanse entre otros, el imam Suleiman-Techelebi, autor

de muchos poemas á la gloria de profeta; Niesi, otro poeta, cuyas obras fueron destruidas en la invasion de Timur-Leng; Ahmed, autor de una historia de *Alexandro el Grande*, en veinte y cinco libros. Este último había sido admitido en la intimidad del conquistador tártaro, quien toleraba á su favorito los epigramas mas atroces. Timur había ido al baño con Ahmed: «¿Cuánto me estimas tú? le preguntó. — Ochenta aspros, respondió el poeta. — Ese es el valor de mi camisa,» replicó Timur riéndose. — De ella sola es de la que yo hablo, repuso Ahmed; y no de ti, porque tú no vales nada.» Lejos de enfadarse con aquella chanza un poco picante, el monarca tártaro recompensó el autor.

La muerte de Suleiman dejó á Muza dueño absoluto de la parte europea del imperio. Aquel príncipe, con alma fria y cruel, hace quemar en sus calderas á los habitantes del pueblo al que pertenecian los asesinos de Suleiman, diciendo que unos esclavos no tenian derecho para dar la muerte á un príncipe de la gloriosa raza de Osman. Devasta en seguida los estados del kral de Servia, cuya traicion no había olvidado aun, pasa al filo de la espada las guarniciones de tres fortalezas, y sobre un monton de cadáveres, manda que pongan tablas, y da un festin á sus oficiales.

De vuelta de aquella sangrienta expedicion, marcha Muza contra Sijismundo, rey de Hungría, á quien derrota en una batalla campal. Apodérase de muchas ciudades en las orillas del Strymon, y envia al emperador griego, Ibrahim, hijo de Ali-Baja, para reclamarle el tributo. El infiel mensajero induce á Manuel Paleólogo para que resista á las órdenes del tirano, y se refugia á Brusa, al lado de Muhammed. Irritado Muza con aquella traicion, entra en Tesalia, hace prisionero al sobrino del emperador, se dirige sobre Constantinopla, y sitia aquella capital. Entonces Manuel llama á su socorro á Muhammed; mas este último, despues de haber tentado sin éxito dos salidas, se vuelve al Asia,

de la sublevacion de sus tenientes Djuneid y Yakub exijia su presencia. En fin el kral de Servia, el emperador griego y el príncipe de Zul-Kadri reunen sus fuerzas á las de Muhammed, á fin de concluir de una vez las eternas disputas de los dos hijos de Bayezid (1). Abandonado Muza sucesivamente por todos sus jenerales, se refugia en una colina, con siete mil jenizaros, último cuerpo que le quedaba, y cuya fidelidad había comprado distribuyéndoles el oro en tan gran cantidad que le median con sus *ketches* (bonetes). Siguele Muhammed, y coloca su ejército en batalla. En aquel momento el agá de los jenizaros, Hazan, uno de los primeros que habían hecho traicion á Muza, sale de las filas y estimula á sus antiguos compañeros de armas para que pasen al ejército de Muhammed. Muza, furioso, se arroja sobre Hazan y le hiere mortalmente; como iba á darle un segundo golpe, el oficial que había acompañado al agá separó con su sable y cortó la mano del Sultan. A este aspecto, apodérase un terror pánico de los soldados de Muza; se desbandaron, y él mismo, viéndose abandonado, huyó, cayó en un cenagal, fué hecho prisionero por uno de los soldados de caballería enviados en su perseguijmiento, y conducido á la presencia de Muhammed, quien le hizo ahogar inmediatamente. Su trájico fin, acaecido en 816 (1413), despues de un reinado de tres años y algunos meses, terminó la guerra civil que asolaba al impe-

rio otomano, y aseguró la posesion á Muhammed, cuyo advenimiento no data mas que desde aquella época; pero la agitacion producida por aquellas turbulencias interiores no pudo apaciguarse en mucho tiempo, y estallaron varias insurrecciones en diversas ocasiones durante los ocho años del reinado del sucesor de Bayezid-Ildirim.

A pesar de aquellos sacudimientos, reunido por último el imperio bajo un mismo cetro, se libertó de la destruccion inminente ó del desmembramiento con que le amenazaba la guerra civil; y la dinastía de Osman salia triunfante de aquella sangrienta prueba en aquellas largas luchas intestinas.

El reinado de Muza fué demasiado corto para permitir á aquel príncipe el dejar huellas durables. No tuvo el tiempo necesario para concluir la soberbia mezquita principiada en Andrinópolis por Suleiman. Cítase como obra suya una escuela establecida en Gallipoli: entre los sabios de su época, el mas notable es Bedreddin, autor de tratados de jurisprudencia y teología. Había sido honrado por Muza con la dignidad de juez del ejército (*hazi-asker*). Algunos años despues, fué condenado á la horca por haber tramado una conspiracion de derviches contra Mubammed. Bien pronto hablaremos detalladamente de esta insurreccion, la mas peligrosa de cuantas han conmovido el imperio otomano. En la historia del Oriente moderno, es la única que haya sido concebida por religiosos, con la mira de explotar el fanatismo á favor de una idea política.

#### CAPITULO VII.

SULTAN-MUHAMMED-KHAN, vulgarmente MAHOMETO I, HIJO DE BAYEZID-ILDIRIM.

Quando la muerte del último y mas temible de los pretendientes á la sucesion de Sultan-Bayezid, hubo por último asegurado el trono á Sultan-Muhammed, el pueblo y el ejército, cansados igualmente de la guerra civil, saludaron con sinceras y

(1) Los analistas otomanos no escusan al príncipe Mubammed el haber introducido en su ejército tropas extranjeras, sino por la urgente necesidad en que se hallaba; porque una preocupacion religiosa se oponia á aquella mezcla de guerreros infieles con los hijos del profeta. Muhammed, para chocar lo menos posible con la opinion pública, no aceptó los soldados de Manuel II sino con la espresa condicion de que los dos cuerpos de ejército obrarian separadamente. Estos mismos escritores no dejan de atribuir la derrota de Bayezid por Timur-Leng á la cooperacion de veinte mil Servios que el Sultan había recibido en su ejército. «No puede verse sin gran escándalo, dicen ellos, la union de la cruz y de la media luna, y los estandartes de Mahoma confundidos con los de Cristo.»

unánimes aclamaciones el advenimiento de su nuevo señor. Los embajadores del imperio griego, príncipes de la Servia, de la Moldavia, de la Valaquia, de Janina, de Lacedemonia y de la Acaya, vinieron á unir al mismo tiempo sus felicitaciones con los votos de sus súbditos. Sultan-Muhammed acogió todos aquellos enviados con una benevolencia igual, les colmó de presentes, les admitió á su mesa, y cuando se despidieron de él, les dió por despedida estas palabras de seguridad: « Repetid bien á vuestros amos que á todos los doy la paz, y que yo la acepto de todos ellos. Que el Dios de paz inspire á aquellos que tuviesen tentación de violarla! » Añadió dirigiéndose á los mensajeros de Manuel Paleólogo: « Decid á mi padre que, gracias á su socorro, he entrado en las posesiones de mis antepasados, y que en recuerdo de este servicio le seré siempre adicto como un hijo á su padre, y buscaré todas las ocasiones de servirle. » Uniendo los efectos á las promesas, Sultan-Muhammed restituyó á los Griegos todo cuanto les habían arrebatado injustamente los anteriores Sultanes, y fué durante toda su vida, tanto por honor como por política, su fiel aliado. Los primeros actos de aquel príncipe equitativo hicieron nacer de este modo las mas bellas esperanzas, y las realizó la continuacion de su reinado. Despues de haber concluido un tratado con las repúblicas de Venecia y de Ragusa, marcha contra su vasallo rebelde Djuneid, gobernador de Okhri, toma por asalto Kyma, la fortaleza de Katchadjik y Nymphaeon, y pone por último el sitio delante de Esmirna, la cual capitula al cabo de diez dias. La madre de Djuneid, encerrada en aquella última ciudad, obtuvo la gracia de su hijo. El Sultan se contentó con quitarle el gobierno que habia merecido perder tan á menudo, y le dejó sus riquezas y la vida. Sultan-Muhammed, tomando posesion de Esmirna, hizo arrasar las fortificaciones. Habiendo comprendido en aquella demolicion una torre que los caballeros de Rodas ha-

bian levantado á la entrada del puerto, el gran maestre de la orden se quejó al Sultan, el cual, para indemnizarle, le acordó, en el territorio de Menteché, un terreno á propósito para construir un palacio.

Ya se ha visto anteriormente que, durante la guerra de Muhammed y de Muza, habia tanteado el príncipe de Karamania sacudir el yugo otomano. Aquel señor rebelde habia sitiado á Brusa, sin poder apoderarse de ella, gracias á la vigorosa defensa de la guarnicion. Los sitiadores habian intentado en vano minar la ciudadela, y mudar la corriente del grande arroyo de Binar-Bachí que abastece de agua á la ciudad. Frecuentes salidas les habian forzado á abandonar su proyecto. Irritado Karaman con aquella resistencia invencible, saqueó los alrededores y los arrabales de Brusa; en su rabia impía, profanó el sepulcro del vencedor de su padre, de Sultan-Bayezid, cuyos restos entregó á las llamas. Por una casualidad singular, en el momento de aquella violacion de la sepultura de un héroe, llegaba el convoy fúnebre de Muza, uno de sus hijos. Los sitiadores quedaron aterrados al ver aquel lúgubre espectáculo: el príncipe de Karamania, sobrecojido él mismo de un pavor supersticioso, levanta el sitio, despues de haber incendiado los arrabales: « Si tú huyes delante del Otomano muerto, ¿ cómo podrás hacer frente al que está vivo? » Ofendido el príncipe con aquella observacion, respondió ordenando el suplicio del atrevido consejero.

Pónese Sultan-Muhammed en marcha para castigar al señor de Karamania, despues de haber apaciguado la sublevacion de Djuneid. Las ciudades de Ak-Chehir, de Bei-Chehir, de Sidi-Chehri, y algunas mas, abren sus puertas al monarca otomano, sin atreverse á hacer la mas mínima resistencia. Solo Konia trató de defenderse; pero Karaman, espantado con la rápida marcha del vencedor, vino á echarse á sus piés, ceñida la frente con una banda, en

señal de sumision, y obtuvo su gracia (1). Apenas se habia alejado Muhammed, que el incorrejible vasallo se sublevó de nuevo. Vuelve el Sultan hácia atrás á toda prisa, y cae enfermo en el camino. Llamóse á Sinan, mas conocido bajo el nombre de Cheikhí, médico famoso y mejor poeta. Convencido que el pesar era la única causa de la enfermedad del príncipe, le trata como conquistador, y le ordena por remedio una victoria. En efecto, desde que Bayezid-Bajá, siguiendo la ordenanza del médico, hubo batido al súbdito sublevado, se operó la curacion del monarca como por milagro. El hijo del vencido, Mustafá-Bey, hecho prisionero, es conducido ante Muhammed, y la mano sobre el pecho, pronuncia este juramento en nombre de su padre: « Juro que mientras esta alma permanezca en este cuerpo, respetaré las posesiones del Sultan. » A pesar de aquella promesa solemne, apenas habia salido del campo del vencedor, se apodera de los rebaños errantes en la llanura. Como todo el mundo se admiraba de aquella repentina violacion de su palabra: « He prometido no turbar la paz, mientras esta alma permanezca en este cuerpo, » dijo sacando del vestido que cubria su pecho, un pichon que acababa de ahogar. Indignado Sultan-Muhammed con tan mala fe, se prepara para castigar á los pérfidos. El príncipe de Karamania se escapó al *Tach-ili* (comarca pedregosa, en otro tiempo *Cilicia Petrea*); y su hijo se refugió en Konia. Sitiada por tercera vez, bien pronto se vió obligada aquella ciudad á rendirse. Sultan-Muhammed, en su inagotable clemencia, perdona todavía á los culpables, y pronuncia estas bellas palabras: « Seria marchitar mi gloria si castigaba á un infame como tú. Si tu al-

(1) Un versículo del Alcoran dice: « No debe cortarse una cabeza que se cubre con una banda » (es decir, que pide gracia). Esta sentencia no admite otra escepcion que en el caso de que haya peligro en dejar vivos los prisioneros, ó bien imposibilidad de conservarlos. En este caso, se considera su muerte como legitima, porque con ella se disminuye el número de los enemigos del profeta.

ma pérdida te ha empujado á hacer traicion á tus juramentos, la mia me inspira sentimientos mas dignos de la majestad de mi nombre: ¡ tú vivirás! »

Una ruptura con los Venecianos, causada por un yerro involuntario, obligó á Sultan-Muhammed á volver á Europa. Despues de un combate naval, librado delante de Gallipoli el 29 de mayo de 1416, y en el que fué batida la flota otomana, se concluyó un nuevo tratado. El embajador que envió el Sultan al año siguiente á Venecia, fué mantenido en ella, como igualmente todo su séquito, á espensas de la república (1), y recibió, al irse, ricas telas de oro, y cuatro arcos maravillosamente trabajados al estilo oriental.

En el año (1819-1416), entabló Sultan-Muhammed relaciones con diversos pequeños soberanos del Asia central, sometió al tributo algunos príncipes cristianos mas, é hizo escursiones en Estiria y en Hungría, donde fué batido por el vice-palatino Peterfy y por el rey Sijismundo. Llamado del otro lado del Bósforo por las disensiones acaecidas entre muchos señores vecinos de las fronteras del imperio otomano, tuvo la maña de hacerse ceder por Isfendiar, príncipe de Sinope, las ciudades de Tosia (Docea) y de Kanhri (Gangra).

Hacia aquella época, y cuando Sultan-Muhammed, de vuelta en Europa, se ocupaba en volver á montar su marina destruida en Gallipoli, fué cuando el juez del ejército, el sabio Bedreddin, de quien he-

(1) Los Venecianos, los Musulmanes y los Griegos habian heredado esta costumbre de los antiguos Romanos, que concedian á los embajadores el alojamiento, la comida y los vestidos, « locum, lantia et vestimenta » (Tito Livio); lo que se llama en turco: « konak, taiin y kaftan ». De estos tres dones, los dos primeros habiendo sido suprimidos desde mucho tiempo entre los musulmanes, el « kaftan » es el único que ha quedado en uso hasta estos últimos tiempos. Esta costumbre es anterior á los mismos Romanos, y los Orientales la han practicado constantemente con los embajadores extranjeros, que por lo demás no tenian mas que misiones temporales: la permanencia de los agentes diplomáticos cerca de los soberanos es una institucion moderna, que no monta á mas de tres siglos.

mos hablado ya en el capítulo precedente, preparaba, con una paciencia y una destreza sorprendentes, la famosa conspiración de los derviches que puso en el mayor peligro la soberanía absoluta del Sultan, esparciendo los principios de la libertad y de la igualdad. Después de la muerte de su protector Muza, había sido desterrado Bedreddin á Nicea, de donde logró escaparse. Púsose entonces á predicar su nueva doctrina religiosa: estaba fundada en la posesión en comun de todos los bienes, á escepcion de las mujeres. Beurekludje-Mustafá, jóven musulman, de un carácter muy exaltado y fanático, fué el instrumento escogido por Bedreddin para abrir el camino á su ambición. El apóstol de la nueva doctrina tomó el título de *Dedé-Sultan* para exprimir su superioridad religiosa y civil (1). Un judío apóstata se reunió á aquellos impostores, recorrió el Asia á la cabeza de numerosos derviches, y fué uno de sus predicadores mas fogosos. A fin de estender su dominación, tanto en Europa como en Asia, declararon aquellos innovadores que ellos adoraban el mismo Dios que los cristianos, y acogieron con júbilo á aquellos de entre estos últimos que quisieron reunirse con ellos; enviaron á Chio discipulos, especie de misioneros encargados de hacer prosélitos. Uno de aquellos emisarios, con la cabeza descubierta y los piés envueltos en un pedazo de paño, se presenta en casa de un anacoreta griego: «Yo soy anacoreta como tú, le dijo, yo adoro el mismo dios que tú, y vengo á visitarte durante la noche, caminando á pié enjuto sobre el mar.»

Engreídos con motivo de una ventaja alcanzada por seis mil de ellos sobre las tropas de Sisman, hijo renegado del rey de Servia y gobernador de la provincia de Sarukhan, encargado por Sultan-Muhammed de castigarles, y que pereció él mis-

(1) Llamán «dedé» todo superior ó director de una orden ó de un convento; el valor de la palabra «sultan» es demasiado conocido, para que sea necesario entrar en una esplicación mas larga.

mo en el combate, aquellos entusiastas redoblaron su audacia. Proclamaron reformas opuestas enteramente á los preceptos del Alcorán y al espíritu del islamismo, y se aproximaron cada dia mas de los cristianos. Aquellas innovaciones parecieron tan peligrosas á Sultan-Muhammed, que ordenó á Ali-Bey, nuevo gobernador de Aidin y de Sarukhan, que reuniese todas sus fuerzas contra los rebeldes. Mas Ali-Bey no fué mas dichoso que Sisman; batido completamente, tuvo apenas el tiempo de refugiarse en Magnesia con las reliquias de su ejército.

Los dos contratiempos sucesivos experimentados por las armas de Sultan-Muhammed, le imponían la obligación de castigar á los rebeldes del modo mas ejemplar. Reuniéronse las tropas de las provincias europeas y asiáticas bajo las órdenes de su hijo Murad, de edad de doce años, y que, á pesar de su estrema juventud, era gobernador de Amasia. Aquel príncipe, acompañado de su visir Bayezid-Bajá, derrotó á los facciosos en una batalla decisiva cerca de Kara-Burnu, en las cercanías de Esmirna y en frente de la isla de Chio. Su jefe, Mustafá, hecho prisionero con algunos de sus adherentes escapados de la matanza, fué puesto en la tortura. Los tormentos mas terribles no pudieron hacerle volver á entrar en el seno del islamismo. Renunciando sus verdugos á vencer su obstinación, le clavaron, separadas las manos y las piernas, en una larga tabla, le ataron de aquel modo sobre un camello, y le pasearon por enmedio de la ciudad de Efeso. Aquellos entre sus discipulos que rehusaron abjurar su nueva creencia, fueron matados delante de él. Aquellos fanáticos exaltados por el ejemplo de su amo, lejos de temer la muerte, se precipitaban sobre los puñales: «Dedé-Sultan, esclamaban espirando, recibenos en tu reino.» Vencido el judío Torlak-Kemal en las cercanías de Magnesia, y hecho prisionero Bedreddin, primer motor de la insurrección, cerca de Seres en Macedonia, ambos fueron ahorcados. Los pocos sectarios que se libraron

de la destrucción de su partido, hicieron correr la noticia que Beurekludje-Mustafá existía todavía, y se había retirado á Samos para ocuparse en la vida contemplativa.

Apenas acababa Sultan-Muhammed de sofocar en la sangre la temible secta que había conmovido su trono, vino á amenazarle un peligro tal vez mayor. Su hermano Mustafá-Nabedid (el perdido), que había desaparecido en la famosa batalla de Angora, saliendo repentinamente de la obscuridad, reclamaba el trono de Bayezid; del que se decía ser legítimo heredero. Era por ventura el verdadero Mustafá que volvía á aparecer, armado con derechos incontestables, ó bien un impostor, aprovechándose de la misteriosa incertidumbre que cubría el destino del quinto hermano de Bayazid-Ildirim, y buscando modo de usurpar el soberano poder?... Los historiadores otomanos, excepto uno solo (Nechri), cuyo testimonio á la verdad es el mas respetable, se pronuncian por la segunda hipótesis, y llaman en consecuencia al pretendiente *Duzme-Mustafá* (el falso Mustafá). En cuanto á los historiadores griegos, están unánimes en la opinion contraria. Es bien difícil, en este conflicto de opiniones opuestas, descubrir la verdad, que la parcialidad interesada de los escritores de las dos naciones propendía todavía á oscurecer. Como quiera que sea, sostenido por el príncipe de Valaquia y por Djuneid, gobernador de Nicópolis, á quien el Sultan, demasiado generoso, había perdonado ya dos veces, invadió el pretendiente la Tesalia. Batido cerca de Salónica, se refugió en aquella ciudad. Rehusa el comandante griego abandonarle á la venganza de Sultan-Muhammed; el emperador Manuel aprueba la conducta de su súbdito, y respondió noblemente á las instancias de su poderoso aliado, que un soberano no puede sin afrenta entregar el fujitivo que viene á buscar un asilo al pié del trono. Añadió sin embargo que tomaba el empeño de no dar jamás la libertad al pretendiente, á lo menos mientras viviese el Sultan. Sultan-

Muhammed, bastante grande por sí mismo para conocer toda la dignidad de aquella respuesta, se contentó con la promesa de Manuel, y consintió en pagar una pensión anual de trescientos mil aspros á Mustafá, á quien parecia reconocer tácitamente la cualidad de hermano. Por un exceso de jenerosidad por parte del Sultan, Djuneid y treinta de los suyos fueron comprendidos en aquel tratado. El príncipe de Valaquia no fué tan dichoso: para castigarle por el apoyo que había prestado á los rebeldes, el Sultan invadió y asoló su provincia. Hecho dueño absoluto del imperio, cuya tranquilidad aseguraba por fin la represión de las últimas turbulencias, resolvió Sultan-Muhammed dirigirse á sus provincias asiáticas, pasando por Constantinopla. El emperador griego, desechando con indignación los infames consejos de sus cortesanos, que le inducian á aprovecharse de la circunstancia para apoderarse del Sultan, le recibió al contrario con la mayor cordialidad, y respondió á la noble confianza que manifestaba en su lealtad el monarca otomano. Tres diputados, portadores de ricos presentes, y acompañados de un gran número de arcontes, salieron á su encuentro, y le condujeron hasta las orillas del Bósforo. Allí le esperaban Manuel y su hijo en la galería inmediata. Durante la travesía, los dos soberanos se dieron mutuamente los mayores testimonios de estima y amistad. Fué un hermoso espectáculo ver los sucesores de Osman y Constantino, olvidando las largas disensiones que habían dividido á sus predecesores, desprenderse de una política desleal, y obrar entre ellos segun las leyes del honor y de la franqueza. Cien años despues, Francisco I obraba del mismo modo con Carlos Quinto, su feliz rival: semejantes reconciliaciones no son indignas de ser recordadas á la memoria de los hombres.

Al año siguiente (824-1421) volvió Sultan-Muhammed á Andrinópolis; mas no bien hubo llegado fué atacado de apoplejía. Vuelto en sí, y no disimulando que se acercaba su ho-

ra fatal, recomendó vivamente á la fidelidad del gran visir Bayezid-Baja, al heredero de la corona, Murad, que se hallaba entónces en Amasia; le escribió que volviese á toda prisa, y trazó de su propia mano, al pie de la carta, un dístico persa que dice así: « Si nuestra noche se pasa, será seguida de un día brillante: si nuestra rosa se marchita, será reemplazada por un rosal delicioso.»

La noticia de la enfermedad del Sultan habia esparcido la consternacion en el ejército. Todavía tuvo la fuerza de mostrarse á él, y fué saludado con vivas aclamaciones: espiró al siguiente día, Ibrahim y Bayezid-Baja resolvieron en aquella grave circunstancia, ocultar su muerte á todos hasta que Murad hubiese tomado posesion del trono. Aquel príncipe recibió en Amasia la noticia del fin prematuro de su padre, y partió secretamente para Brusa. Mientras llegaba, se reunia el consejo todos los días en Andrinópolis, como cuando vivía Sultan-Muhammed. Hasta se publicó, en su nombre, la apertura de una campaña en Asia, y se dió la orden á una parte de sus tropas de dirigirse inmediatamente á Bigha. Los jenízaros y los sipahis quisieron, antes de partir, ver todavía una vez á su soberano. Aquella demanda inesperada puso á los visires en el mayor embarazo. Era preciso sin embargo satisfacer el deseo de aquellas tropas, cuya impaciencia redoblaba á cada instante, ó descubrirles un secreto que importaba tener oculto todavía. Representábanles en vano que la fatiga de aquella ceremonia agravaria la enfermedad del Sultan, nada pudo vencer su teson: hicieron pues desfilar el ejército por debajo de los balcones del kiosk del serrallo de Andrinópolis. Los soldados, pasando por delante del palacio, arrojaban grandes gritos de alegría á la vista de su amo, que apercibian, por entre las vidrieras, sentado sobre su trono y saludándolos con el jesto. La distancia no les permitió distinguir que no veian mas que un cadáver, cuyos brazos hacia mover un paje, oculto detrás del cuerpo, y metidas las ma-

nos en las mangas de la pelliza imperial. Con aquella comedia febre se contentó á las tropas, que partieron sin desconfianza. La muerte de Sultan-Muhammed que de aquel modo ignorada por espacio de cuarenta y un días, durante los cuales tuvo Murad el tiempo necesario para llegar á Brusa y tomar en ella posesion de la corona. Conducido el cuerpo de Muhammed á aquella ciudad por el ejército mismo, fué sepultado allí en el sepulcro de Yechil-Imaret, fundado por aquel monarca, y donde descansa él solo. Aquel magnífico mausoleo está colocado en medio de un hermoso jardín. Sus muros octogonos están cubiertos, tanto exterior como interiormente, con porcelana verde de Persia: sobre cada una de las fachadas hay un versículo del Alcoran inscripto en letras de plata sobre un fondo azul. Al lado de aquel sepulcro se levanta la soberbia mezquita de Yechil-Imaret, notable sobre todo por el aspecto singular que presentan sus murallas, revestidas de cuadrados de mármoles blancos, negros, encarnados, grises, verdes, amarillos y azules, que forman el mas extravagante mosaico. Edificada sobre un terraplen en mármol blanco, no tiene, como las demás mezquitas, un atrio de columnas; la puerta, cargada de adornos de una delicadeza admirable y de un gusto esquisito, es pieza maestra de la escultura y de la arquitectura orientales. Elévase hasta el remate del edificio, y tanto ella como las ventanas tiene alrededor un cuadro de mármol encarnado, cubierto de inscripciones. Aquella sola puerta ha costado cuarenta mil ducados, y se han necesitado tres años para construirla. Entrando en la mezquita queda herida la vista con el extraño reflejo que produce la porcelana azul y verde con que se hallan revestidas las paredes interiores. El mikrab, nicho en que está encerrado el Alcoran, está tallado en un mármol encarnado y adornado de ricas esculturas. En otro tiempo estaban tambien cubiertas las cúpulas y los minaretes con porcelana verde, y cuando herian los rayos del sol aquellas

paredes naranjas ligeras, hubiérase creído ver uno de aquellos palacios elevados por las manos de los jénios á las órdenes del poseedor de la lámpara maravillosa. El color que dominaba en aquella mezquita le habia valido el nombre de Yechil-Imaret (fundacion verde).

Débase igualmente á Sultan-Muhammed I la conclusion de Ulu-Djami (la grande mezquita), principiada en Andrinópolis por su hermano Suleiman, y continuada por Muza, que, como ya lo hemos dicho, no tuvo tiempo para concluirla. Forma aquel hermoso edificio un cuadrado perfecto; cada fachada tiene ciento ochenta y nueve piés de largo, nueve cúpulas interiores, cinco exteriores y dos minaretes. Mas ninguna de las mezquitas de que acabamos de hablar puede igualar la que Murad I principió en Brusa, que su hijo Bayezid-Ildirim dejó imperfecta, y que costó igualmente á Sultan-Muhammed sumas enormes para concluirla.

El plan de aquel hermoso edificio está en el sistema de los primeros grandes templos del islamismo. Ocupa una superficie de cien pasos cuadrados, dividida en veinte y cinco compartimientos iguales, sostenidos cada uno por cuatro pilares, que en otro tiempo estaban dorados hasta la altura de un hombre: veinte y cuatro de aquellos compartimientos están coronados con una cúpula: el vijésimo quinto, colocado en el centro, tiene, en lugar de bóveda, una ventana redonda de veinte pasos de diámetro, que da luz al interior del edificio. Por abajo un inmenso estante esparcia la frescura en la mezquita. El púlpito está adornado con esculturas de una delicadeza y de un remate perfectos, que representan ligeras festones en arabescos, hojas, frutos y flores. En las paredes se leen inscripciones que designan los atributos de Dios. En los dos extremos de la fachada principal se elevan dos grandes minaretes, separados del edificio. De la galería superior de uno de ellos, donde la voz del muezzin llama á la oracion, sale un chorro de agua que ali-

menta sin cesar los manantiales del monte Olimpo. No puede hacerse una idea del efecto que produce la estructura atrevida y esvelta de aquel monumento admirable.

El amor de las artes y el gusto que dió pruebas Sultan-Muhammed en la construcción de aquellos edificios piadosos, le valieron el sobrenombre de *Tchelebi*, que no tiene un equivalente bien justo en nuestra lengua, pero que corresponde con bastante exactitud al *Gentleman* de los Ingleses. Aquella inclinación decidida por la magnificencia y la grandiosidad dejenera algunas veces en él en amor por la ostentacion. Hasta los mas ríjidos musulmanes le tildan de haber sido el primero en violar las leyes sauararias establecidas por Mahoma, sirviéndose de *vajilla de plata*. Sus sucesores hasta Sultan-Bayezid II no se atrevieron á imitar su ejemplo; y aquel mismo monarca que, cediendo á los consejos de los grandes de su corte fastuosa, hizo hacer un magnífico servicio de mesa de oro y plata, creyó deber, por decirlo así, legitimar aquel lujo, empleándole en el socorro de la indigencia. Alimentó en su palacio, durante tres días, un gran número de pobres á quienes servian en aquella rica vajilla.

Sultan-Muhammed se distinguió por sus liberalidades con los jefes de la religion musulmana. Fué el primer príncipe otomano que envió al cherife de la Meca una suma de oro, llamada *surré*, destinada para los indijentes de aquella ciudad y de Medina. El gusto de la literatura tuvo su nacimiento durante su reinado. Entre los hombres distinguidos de aquella época, nos ceñiremos á citar en primer lugar á Linan-Cheiki de Kermian, médico del Sultan, célebre por su traducción del poema persa de *Khorrew y Chirin*, concluido por su sobrino Djemali, poeta famoso igualmente, y cuya reputacion se funda principalmente en el primer poema escrito en lengua turca, que se intitula: *Khorchid y Ferroukhchad*. Cheiki compuso además el *Karnamé* (libro de los jumentos), donde ridiculiza á sus ene-

migos; Arabchah el Siríaco, ayo de los hijos de Sultan-Muhammed, despues de haberlo sido de los de Timur, y que, además de la historia de aquel conquistador, escribió otras obras con los títulos mas estravantes, tales como la *Maravillas de las lunas llenas* (Adjaib-ulbodur), *la Uva del consejo*, etc.; Safi-Bayezid, antiguo preceptor del Sultan, y que, habiendo contribuido con sus sabios consejos á la restauracion de la monarquía, recibió en recompensa la dignidad de Cazi-Asker; en fin Muhi-uddin-Kafedji, que compuso un número de obras tan considerable, que ya no se acordaba de lo que contenian, ni aun del título de muchas de ellas.

Además de aquellos literatos y de aquellos sabios, vivieron, durante el reinado de Sultan-Muhammed, jeques distinguidos por su piedad y su mérito. Hemos tenido ya ocasion de citar el gran jeque Bokhari, conocido bajo el nombre de Emir-Sultan, y sobre todo á Bedreddin, tan famoso por la sublevacion de los derviches como por sus obras. Entre los mas ilustres, nombraremos aun á los jeques Abdullatif-Mukaddezi de Jerusalem, autor del *Tohfet* (lo presente), libro ascético lleno de erudicion; y Pir-Elías de Amasia, místico famoso, que gozaba una gran reputacion de santidad, y á quien Sulian-Muhammed hizo erijir un magnífico mausoleo en Sewadié.

Sultan-Muhammed, vencedor de sus hermanos, los aventajaba á todos en las cualidades físicas y morales. Superior en los ejercicios gimnásticos, no era menos notable por la elevacion de su espíritu y la grandeza de su carácter. Su rostro, de una blancura estremada, hacia resaltar la viveza de sus ojos negros, y el color moreno de las pobladas cejas que se juntaban sobre su frente ancha y salediza, su pecho elevado, sus manos largas y musculares, daban una alta idea de su fuerza, que los historiadores otomanos comparan á la de un leon, como igualmente su ceño al de la águila. Príncipe equitativo, bienhechor, jeneroso, constante en la amistad, humano

con todos, sin distincion de nacion ni creencia, Sultan-Muhammed ha merecido ocupar el rango de los mejores soberanos de su raza, consolidó el trono de Osman, y valante por las dos plagas de la invasion extranjera y de la guerra civil, y fué, valiéndonos de las espresiones de un escritor musulman, *el Noé que salvó el arca del imperio, amenazado por el diluvio de los Tártaros.*

#### CAPITULO VIII.

SULTAN-MURAD-KHAN (vulgarmente Amurad II), HIJO DE SULTAN-MUHAMMED I.

Sultan-Murad, apenas de edad de diez y ocho años, pero gobernador de Amasia hacia ya seis años, fué recibido en Brusa por los jenizaros, quienes le escoltaron hasta su palacio. Despues de haber hecho tributar los últimos deberes á su padre, y mandado llevar un luto de ocho dias, envió á significar su advenimiento al rey de Hungría, al emperador griego y á los príncipes de Menteché y de Karamania. Concluyóse un tratado de paz con este último y una tregua de cinco años con Sijismundo. Solo Manuel, olvidando los males causados á su pais por la enemistad de los monarcas otomanos, se atrevió á intimar á Sultan-Murad que le entregase sus dos hermanos en rehenes, en ejecucion de una cláusula del testamento de Sultan-Muhammed. En caso de negativa, el emperador amenazaba á Sultan-Murad con poner en libertad á Mustafá, hijo de Bayezid-Ildirim, y su heredero legítimo, y hacerle reconocer por las provincias europeas mientras se sometian las de Asia. El visir Bayezid-Bajá respondió en nombre de su amo, que la ley del profeta no permitía á los hijos de los verdaderos creyentes ser educados en casa de los jiaures (infieles). Luego que Manuel hubo conocido esta respuesta, cumplió su amenaza dando la libertad al pretendiente, despues de haberle impuesto la condicion de devolver al imperio griego Gallipoli y un gran número de otras ciudades.

Diez galeras, á las órdenes de Demetrio Lascaris, desembarcan á Mustafá, su comitiva delante de Gallipoli, cuyos habitantes y hasta los de sus cercanías se someten; pero la guarnicion de la fortaleza rehusa entregarla al pretendiente. Deja este príncipe á Demetrio delante de la ciudad, y prosigue su marcha hácia el istmo de Athos, engruesando su ejército con una parte de las poblaciones que se hallaban á su paso, y tomando posesion de algunas plazas. Envía Sultan-Murad á Bayezid-Bajá á Andrinópolis: reúne aquel visir cerca de treinta mil hombres, y establece su campo cerca de la ciudad. Mustafá, cuyo ejército se habia hecho mucho mas fuerte por la reunion de los grandes vasallos del imperio, avanza hácia las tropas de Sultan-Murad, y les ordena atrevidamente deponer las armas. Esta orden produjo un efecto mágico; obedecen los soldados; Bayezid-Bajá y su hermano Hamza son cargados de cadenas; el primero es condenado á muerte, y el segundo puesto en libertad. A aquellas noticias, capitula la fortaleza de Gallipoli; Demetrio Lascaris Leontarios se prepara para poner en ella una guarnicion; mas se opone á ello Mustafá, diciendo que no hace la guerra por cuenta del emperador. Viendo el general griego desvanecerse todas las esperanzas que habia fundado su amo sobre la libertad del pretendiente, busca entónces medio de tratar con Sultan-Murad; pero la obstinacion de Manuel en exijir que se le entregasen los dos hermanos del Sultan, hizo romper las negociaciones. El monarca otomano concluyó entónces un tratado de alianza con los Jenoveses de Focea, quienes le ofrecen sus navíos, y le envían la porcion vencida del tributo que pagaban á su predecesor (1).

Cuando supo el Sultan la defeccion del ejército de Bayezid-Bajá y el tris-

te fin de aquel visir, habia pronunciado, con la resignacion que caracteriza á los musulmanes, estas piadosas palabras: «No busquemos otra causa en esta desgracia mas que la cólera de Dios; nuestros pecados nos han atraído su indignacion; tratemos de hacérselos propicio con nuestras fervientes oraciones y con nuestras lágrimas; porque, cuando tenemos por enemigo al Criador, ¿qué puede hacer la criatura?» Fuése en seguida á visitar al gran jeque Bokhari, y le pidió su intercesion. Pónese Emir-Sultan en oracion durante tres dias; cae por fin en éstasis, y oye la voz de Mahoma: «El Dios de misericordia ha oído los votos de Murad; dile que el poder divino le dará la victoria.» Repite el jeque al Sultan aquella promesa, y le ciñe la espada que debe castigar á los rebeldes. Sultan-Murad lleno de confianza en las palabras del derviche, atrinchérase detrás del rio Ulubad, y espera impávido al enemigo. Repentinamente Mustafá, que avanzaba para librar batalla, se halla asaltado de una violenta hemorragia en la nariz que le dura tres dias y le causa tal debilidad, que se ve precisado á suspender el ataque. El hijo de Mikhal Oghlou, prisionero del Sultan, fué puesto en libertad; y lleno de reconocimiento por la jenerosidad de aquel príncipe, avanza, durante la noche, hácia el campo de Mustafá, y exhorta á sus ancianos compañeros de armas á venir á reunirse con su jefe. Inmediatamente se pasaron los ekindjis, con sus oficiales, del lado de Murad. Los azabs se mantuvieron fieles á Mustafá; mas habiendo querido tentar una sorpresa, fueron destrozados por los jenizaros. La defeccion de Djuneid, que poco despues abandonó el campo, infundió el terror en el resto del ejército del pretendiente. Creyéndose abandonados de sus jefes, huyeron los soldados en el mayor desorden. Que-

(1) Desde el tiempo de Miguel Paleólogo, habian obtenido unos Italianos de aquel emperador el privilegio de beneficiar minas de alun en el distrito de Focea. Nobles jenoveses mandaban la fortaleza construida con la ayuda de los Griegos, para proteger

aquel establecimiento. En tiempo de Muhammed I, Juan Adorno, hijo del Dux de Génova, gobernador de la Nueva-Focea, se habia obligado á pagar al Sultan un tributo, por cuyo medio compraba la colonia jenovesa la franquicia de su pabello.